



Fernando  
**SCHWARTZ**

*Meneses  
en Skópelos*

Patricio Meneses es un diplomático seriamente atípico al que el gobierno acude cuando es necesario resolver un embrollo que no admite soluciones digamos que oficiales, sino levemente inmorales cuando no francamente ilegales. En esta ocasión, tiene que recuperar a tres chicas que han sido secuestradas en la isla griega de Skópelos sin que nadie haya exigido aún un rescate; son las hijas de la presidenta del gobierno y del ministro de exteriores, además de una nadadora olímpica llena de medallas de oro. Meneses se embarca en una busca enloquecida y peligrosa, que le lleva jadeando de Grecia a Siberia, con varias paradas intermedias, a cual más arriesgada. Para hacerlo, cuenta con la ayuda de un implacable coronel ruso, su amigo, y con una amante de juventud, a la que llama Melina Mercuri y a veces, Desdémona.

Más de 300 páginas sin respiro y solo con algunas paradas literarias y reflexivas.

*A mi nieta María, fiel lectora siempre.*

## UNA NOTA DE AGRADECIMIENTO

En la redacción de la novela he acudido a los conocimientos y experiencia de varias personas amigas, excelentes conocedoras de sus respectivas especialidades. Con sus generosos consejos y precisiones me han ayudado a dar verosimilitud al relato e impedir las fantasías que siempre me tientan.

ALESSANDRA D'ORSAY, durante años Maestra de Ballet de la Scala de Milán, me hizo ver cómo los etéreos movimientos que realiza, aparentemente sin esfuerzo, una bailarina, son fruto del genio interior, de horas y horas de práctica y de la implacable dirección de los maestros y escenógrafos. Además del toque mágico de la gracia.

ELENA MENA TECGLLEN, durante años miembro de la Federación Española de Natación, me explicó con inagotable paciencia los vericuetos de la competitividad, de las milésimas de segundo y del ácido láctico, además de la corrupción de ese mundo de nadadores inocentes y frecuentemente explotados.

KETTY RUIZ, una de las más brillantes especialistas españolas en el tratamiento del suelo pélvico, detalló las secuelas de la violación y el modo de enfrentarse a su tratamiento, así como, en otro orden de cosas, la complejidad del mundo de los anabolizantes y esteroides, siempre en el filo de la navaja.

A las tres, mi agradecimiento más sincero.

# 1.

–¿Cómo está tu amigo el presidente de Matambezi? –preguntó con fingido interés el ministro de Asuntos Exteriores.

–Mi amigo, el presidente Atumu Kokomo, está bien, aunque angustiado con el marrón que tiene encima. Ya ves. Pero, sin duda, yo soy el que está peor. Por resumírte-lo: me mandaste a Matambezi, capital St. Juste, a arreglar la caca en que os habíais metido porque os dio solemne el asesinato de unos cuantos médicos y monjitas españoles.

–Ahora se dice españoles y españolas.

–Qué gracioso. Pues eso: os dio solemne y España rompió relaciones con aquel delicioso lugar hasta que se descubrió un mar de petróleo en el subsuelo y otro mar de coltán en el sobresuelo y hale, que vaya Meneses a arreglarlo, a reanudar relaciones, a conseguir contratos, a cargarse al general-presidente vitalicio y a que hagan presidente a su amigo Kokomo. Ahí es nada.

–Claro, era poca cosa. Bueno, tal vez algo más que poca cosa. Pero quedaste bien.

Patricio Meneses miró al ministro con frialdad.

–A cambio me prometiste una menudencia, la embajadita de España en Nueva Delhi, a la que me iba a ir con la sola prebenda de la mesa del despacho del subsecretario, que es el único mueble que me gusta de todo el Ministerio.

El ministro sonrió como haría un tiburón dispuesto a darle una dentellada a la pobre víctima propiciatoria que tenía delante.

—Pero no —continuó Meneses—, os arreglo todo el merdé, os pongo en casa, me juego la vida, ¿y cómo me lo premiáis? Dejándome de embajador en el mismísimo sitio en que os saqué las castañas del fuego. Y, hale, a presentar credenciales a mi amigo el presidente en St. Juste, el poblacho más cochino de toda África, que ya es decir, a que se me cuezan las meninges y a padecer los frecuentes cortes de electricidad. Compuesto, sin aire acondicionado y sin novia.

—¿No tenías una novia local?

—Venga, ministro, jopé. La única novia con posibilidades la tuve que mandar a París para librarla de los buitres que se la querían beneficiar. —Puso los ojos en blanco—. Ah, Virginaly. Si me acerco un poco más a ella me detienen por acosador, que es lo que está de moda ahora. No. Está muy bien en París estudiando para hacerse una mujer de provecho y contribuir a la riqueza del país.

El ministro miró a Meneses con sorna.

—No, hombre. Quería decir la presidenta.

—¿Merveille? ¿La mujer del amigo-presidente que, además, es como un hermano? Estás de broma. Ya te hubiera gustado a ti, que eres un sinvergüenza. No, si de lo que me quejo es de que tengo que verla todos los días y sufrir en silencio. Además, si vamos a una fiesta, me toca bailar con la más gorda de la tribu.

—Esos sacrificios fortalecen el alma, Patri.

—Sí, hombre. Lo que debería hacer yo ahora es pedir la excedencia, marcharme de Matambezi e irme a plantar naranjas a la finca de la familia en Valencia. Y arreglar allí el pabellón de invitados para cuando el siguiente general que dé un golpe de estado en Matambezi eche a toda la familia Kokomo.

–No lo pasarías ni la mitad de bien. Yo no me fui a plantar naranjas y aquí me ves, de ministro. ¡Pero si te estás divirtiendo más que un mono, hombre de Dios! Además, no nos puedes dejar empantanados.

–¿Que no? No me tientes.

–¿Qué diría tu madre que ahora está convencida de que por fin te has hecho un hombre de provecho? Un embajador nada menos. Venga, Patri.

–Venga, Nacho.

–Porque seas mi ahijado, en este despacho no me puedes llamar por mi nombre de pila. Es una falta de respeto.

–Vale, señor ministro. –Meneses se puso serio–. Solo quiero que me digas cuánto tiempo me vas a retener allí.

–No me jodas, Patri. El tiempo necesario para que firmes los contratos del petróleo y el coltán y los pongas en marcha. Apenas unos meses más.

–Ya –contestó Meneses con resignación. Este me va a retener allí hasta que le dé la gana. Pues se va a llevar un disgusto. No ha nacido quien.

–¿Cuánto te quedas por Madrid?

–Poco, el tiempo de organizarme un viaje a París a ver cómo le va a Virginaly.

–Tu protegida, ¿eh?

–Pues sí. Esta el día menos pensado sale en la portada de *Vogue*.

–Bueno, Patri, mientras tanto tengo que pedirte un pequeño favor. Para eso te he sugerido que vinieras a verme.

–No, ni hablar.

–No es nada, hombre. Lo puedes hacer sin despeinarte.

–Ya sé yo lo que son tus despeinados, Nacho, joder.

–Verás –continuó el ministro como si no le hubiera oído–, mi hija mayor, tu prima Carmen...

–Esa descerebrada.

–Se ha ido a pasar unos días a Grecia y hace una semana que no sabemos nada de ella. Su madre está angustia-



da.

–Dile que se tome una tila.

–Calla un momento.

–Pero, perdona, ¿una niña de 20 años, se va a Grecia de vacaciones a fumarse un par de porros y ya queréis mandar al ejercito?

–No, no digas tonterías. Sé de lo que hablo: Carmen ha desaparecido.

–Díselo a tu embajador en Atenas, manda a los geos, que se lo cuenten a la policía griega.

–No puedo.

Meneses levantó las cejas con sorpresa.

–¿No puedes?

–No. –Titubeó–. No, no puedo. Verás. No ha ido sola.

–¿Y?

–Eh... Pues que su compañera de viaje es la hija de la presidenta del gobierno, Inés.

–No me jodas. O sea que, como se entere la comunidad internacional de que esos dos bombones han desaparecido, ríete tú de la prensa amarilla y los semanarios y la tele. Todos los grupos terroristas del mundo mundial, los del ISIS, los sirios, los palestinos, hasta los corsos, ¡hasta una ETA refundada!, van a querer secuestrarlas y pedirnos un rescate y aprovechar la repercusión. ¡Joder, ministro!

El ministro asintió.

–¿Comprendes por qué tienes que ir tú?

–Vale, vale. Y yo que ya tengo una reserva en la Tour d'Argent en París para cenar con Virginaly... Pues vaya. Cuando las encuentre, si es que, a Carmen le voy a dar dos tortas.

El ministro hizo un gesto de impotencia.

–Son cosas propias de la inconsciencia de la juventud, Patri.

Esa te la voy a dejar pasar porque tu niña es una consentida y se lo admities todo. Las dos tortas te las debería

dar a ti.

—¿Dónde están?

El ministro suspiró.

—En las Espórades.

—Mira qué ricas. ¿Y la presidenta lo sabe? ¿Sabe que su niña está perdida en una isla del Egeo?

—Sí, lo he hablado con ella esta misma mañana.

—¿En qué isla?

—Lo último que sabemos es que estaban en Skópelos.

—Anda, qué casualidad.

—¿Qué?

—Nada, no tiene importancia. ¿Quién más?

—¿Qué? —preguntó el ministro desviando la mirada hacia uno de los tapices que cubrían las paredes del despacho.

—Que quién más ha desaparecido.

—Nadie más. ¿Por qué?

—Es que no me fío de vosotros, que sois más retorcidos que los cordones del zapato.

El ministro resopló:

—El caso es que le he dicho a la presidenta que iríamos a verla al palacio de la Moncloa a decidir lo que hacemos.

Meneses tocó la mesa del ministro con los nudillos.

—¿Me vas a llevar a ver a la presidenta? ¡Qué emoción!

—Cuando eras pequeño, una de las cosas más difíciles de conseguir era que dejaras de decir tonterías. —El ministro se puso en pie, dio tres pasos y se colocó frente al gran ventanal que daba sobre la plaza de Santa Cruz. Un instante después se abrió la pequeña puerta que comunicaba el solemne despacho ministerial con la sala de las secretarías y asomó la cara ajada y severa de Matilde, su secretaria personal.

—¿Quería usted algo señor ministro?

—Sí, Matilde. El embajador Meneses y yo vamos a ir a Moncloa. Diga que preparen el coche por favor.

—Muy bien, señor ministro.

–Hay que ver lo que mandas –dijo Meneses en voz baja–. ¿Ya tenéis la nota de los secuestradores pidiendo el rescate?

–No –contestó el ministro secamente–. Vamos.

–Presidenta –dijo el ministro cuando fueron recibidos en el despacho de trabajo del palacio.

–Ignacio –contestó ella sin moverse de detrás de su mesa–.

–Este es Patricio Meneses –dijo el ministro.

La presidenta lo miró de arriba abajo como si no lo hubiera visto en la vida.

Es una hortera, pensó Meneses y, tal como me ha mirado, me daría un revolcón. Que lo sé.

–Presidenta, te vine a saludar cuando me nombraste embajador en Matambezi.

–¡Ah sí! Cierto. No me acordaba. ¿Cómo estás?

–Bien, gracias. –O sea que tú a los microbios los esnoebas de esta manera y eso que eres sociata. Vale. Al próximo destino me pienso llevar tu mesa de despacho. No es que sea más bonita que la del subsecretario, pero es por molestar.

–Bueno, Meneses. El ministro te habrá puesto al corriente del problemilla que tenemos.

Meneses asintió. ¿Por qué demonios esta gente te ninguna antes de pedirte un favor?

–Pues sí.

–¿Qué puedes hacer?

Meneses miró al ministro.

–Poca cosa, presidenta, mientras no sepamos a qué atenernos.

–Tú te las compones bastante bien en estas situaciones. En fin, tengo entendido... –Se corrigió con irritación.

–¿Hay alguna nota de rescate, un último mensaje de las niñas, una llamada?

–Nada desde hace una semana. La última llamada fue para decirnos que estaban bien y pasándolo fenomenal.

–¿Hotel, pensión, apartamento de airbnb?

El ministro se encogió de hombros.

–Os veo singularmente poco al tanto –dijo Meneses con ironía. La presidenta lo miró y él volvió a ponerse serio. Joder con esta mandamás: han tardado en tomar el mando, pero amigo—. ¿Sabéis si se iban a quedar en Skópelos o si pensaban ir a otra de las islas de por allí? ¿Iban solas? ¿Con algún novio?

–No. Ningún novio. Iban solas a la aventura –dijo el ministro tras un titubeo. Pero se arrepintió enseguida.

–Espera, aquí hay algo que no cuadra. Y si se me permite la pregunta, ¿las dejasteis ir así sin protección, sin vigilancia?

–No había razón... –También la presidenta titubeó—. En fin, no había razón –repitió con enfado.

–Pues vaya.

–Ya sabes lo que son los jóvenes. No quieren vigilancia ni supervisión ni controles. Sienten que se les coarta la libertad.

–¿No piensan que, por ser quienes son, a lo mejor deberían ir con cuidado?

–Y qué quieres –insistió el ministro, mirando a la presidenta con preocupación.

–Bueno, venga –dijo Meneses—. Mañana me cojo un avión a Atenas, llego, cojo un ferry a Skópelos, llego, encuentro a las dos chicas, les doy una bofetada a cada una y me las traigo de vuelta. Borra todo lo que he dicho a partir de cuando digo que he llegado a Skópelos. ¿Tenéis los móviles de las dos?

Se produjo un largo silencio en el despacho.

–¿No?

–No, Patri. Se han quedado mudos. Ya te he dicho que hace una semana que no sabemos nada de ellas.

–¿Y tu mujer, Nacho? ¿Mi tía, la madre de la criatura?

–Quiso mandar al ejército a encontrarlas y ha habido que calmarla.

–Pues mira, habrías hecho bien en mandar la acorazada. ¿Lo único que se os ocurre es que vaya Meneses que todo lo arregla? No me lo puedo creer. Perdona, presidenta, estoy siendo impertinente, pero es que...

–Estás siendo impertinente, Meneses. Ponte la pilas, vete a Grecia y no vuelvas sin las chicas. Si les pasa algo... ¿No eres tan eficaz? No traigas las manos vacías.

O qué, pensó Meneses; ¿me vas a dejar sin postre? Esta gente, acostumbrada a mandar y a que les satisfagan el más mínimo capricho, no concibe el fracaso, su fracaso, claro. Y si no, aquí está Meneses para hacer de chivo expiatorio. Hale, a hacer puñetas. Ah, y esta presidenta no va por ahí de madre amantísima y tierna: su niña le importa un rábano. Lo que le importa es el sofá en el que se sienta y está dispuesta a impedir cualquier cosa que se pueda interponer entre su trasero y la tela del sillón. Ya verás como tengo razón, compañero. Lo que yo te diga. De pronto, Meneses levantó una mano.

–Perdona, ministro –dijo–. Tengo la impresión de que en todo esto hay algo que no me estáis contando. ¿Por qué tengo esa impresión? Si puedo preguntar.

Sorprendido como si fuera un zascandil pillado después de hacer una barrabasada en clase, el ministro dio un respingo y desvió la mirada.

–Verás, Meneses –interrumpió la presidenta hablando con tono firme–. Es que hay una tercera persona desaparecida.

–¿Una tercera persona? Se nos ha perdido una clase entera de la facultad por las islas de Grecia ¿o qué? Por Dios, presidenta, perdona, pero ¿no sería mejor que me lo contarais todo de una vez?

–Bueno, te lo íbamos a decir, Patri, pero no estábamos seguros de que aceptarás el encargo y, en tal caso, no alu-

diríamos a la tercera chica. Solo cuando aceptaste nos vinimos a Moncloa para que te lo dijera la presidenta.

–Mira qué bien.

–Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

–Venga. No me lo creo. ¿Quién es? ¿La hija del Rey? Vamos, ministro, ¿cuándo te he dicho que no a una de tus disparatadas propuestas?

–Pues por lo menos a una antes de lo de Matambezi.

–Porque no tenía remedio, era un imposible. Te refieres a lo de Venezuela, ¿no?

El ministro se encogió de hombros.

–Hilaria Gómez Barca –dijo entonces la presidenta con voz seca y decidida.

Meneses dio un largo silbido.

–Madre mía. Hilaria Gómez Barca. Qué calladito os lo teníais. Válgame el señor.

–Bueno, el asunto es delicado, Patri. Ahora lo sabes.

–Ya, ahora lo sé, sí. –Lo dicho: a la presi su niña le importa un rábano. Le importa Hilaria, la mejor nadadora olímpica de España, llena de medallas de oro, plata y latón. Hija del industrial más rico de España. Bueno, con razón se lo callaban. Si se enteran los cacos, al papá le van a sacar hasta las entretelas y la presidenta se va a la mierda con su exigua mayoría y su juramento de que nunca cedería a un chantaje. Con razón. Y encima Hilaria está como un queso—. Oye presidenta, con permiso. Este es el típico caso para que intervenga la Bripac. Yo no pinto nada.

–Bueno, Meneses, verás. Si alguien se entera de que hemos intervenido oficialmente, los que la retienen nos matan a la chica.

–Ah, ¿pero ya sabéis quiénes son los malos? Tenéis una nota de rescate, ¿eh?

–No.

## 2.

–Acabas de llegar de ese sitio lleno de negros ¿y ya te vas otra vez?

–Pues sí, Fermina. Es una cruz, esto tuyo: no hago más que entrar en casa y ya me estás regañando. ¡Por Dios, ni que fueras mi madre!

–Mejor te iría. ¿Adónde vas ahora?

Estaban ambos en el salón de la casa de Meneses, el apartamento del octavo piso del elegante edificio en el paseo de la Castellana frente a los Nuevos Ministerios. Su lugar preferido (en el mundo de los mundos, ¿eh?, nada de Matambezis o Manhattans), con la luz de mediodía entrando a raudales y el cuadro de Rothko ocupando gran parte de la pared sur de la habitación. Algún día le contaré a alguna novia por qué clase de milagro llegó a mi casa y cómo sigue ahí a pesar de que no es mío. Su gran tamaño con las tres franjas pastosas y sensuales, roja, naranja y negra, como los escudos de los guerreros Buyumbura. ¿Qué tengo colgado ahí? Ochenta millones de dólares, eso es lo que tengo colgado ahí.

Lo pintó Rothko cuando aún era un desconocido. Vivía en un sótano de un viejo edificio del Soho en Manhattan. Por casualidad, en el cuchitril pegado al suyo vivía el padre de Atumu Kokomo, el íntimo amigo de Meneses. El viejo Kokomo acababa de ser nombrado embajador ante la ONU de la recién independizada Matambezi. Era todavía tan pobre como Rothko y como las ratas que se paseaban por la escalera que llevaba a la calle. Comían ca-